

rito se cumplió en las edades prehistóricas, mucho antes de la edad de hierro y de la edad de bronce. Los monumentos testificadores de su existencia en los valles del Nilo elévanse á la cuarta dinastía; es decir, á mil quinientos años ó mil cuatrocientos antes de Cristo. Lo cierto es, que no había pensado Abraham en aplicar á su pueblo la circuncisión antes de su viaje á Egipto. Ni Armenia, ni Caldea, ni Siria, ni Palestina le habían sugerido semejante práctica. En Egipto la encontró, y del Egipto la trajo al sacro lugar donde había fijado tienda y altar para instituir ya el núcleo inmóvil en torno del cual debía su gente agruparse, como por su gente debía constituirse para lo porvenir su raza. Tras el viaje á Egipto, Abraham reguló el rito referente á los sacrificios, y reguló también el rito referente á la circuncisión. Ambos ritos determinaban caracteres muy salientes del pueblo escogido. La vocación de Abraham era clarísima: transmitir á sus descendientes el culto de Jehovah.

Mas ¿cómo cumplirla, si el patriarca no tenía hijos? Esta deficiencia frustraba todo su ministerio histórico y contradecía toda su vida religiosa. El día que muriese, la llama sacra del sacrificio moría sobre las aras desiertas. Ningún mortal guardaría el precioso vínculo de la salvadora y luminosísima idea, ni ejercería el ministerio sublime de un sacer-

docio perpetuo, prometido por Dios al padre de la raza de Abraham, hijo de Noé, generador de los ilustres semitas, á Sem. En aquellos primitivos tiempos daban los hombres importancia excepcional á tener en el mundo una posteridad, en la que perdurarían su vida y su sangre. Tomábase á deshonra la falta de hijos. La esterilidad resultaba mácula tan fea, que ninguna mujer la consentía. No se apreciaba la virginidad como los romanos en sus vestales y los católicos en sus monjas. Más terrible que la prostitución, tan sucia y afrentosa, les parecía, en tal tiempo, á los semitas, el pecado grave de que sus mujeres no perpetuasen la descendencia de Sem. Este amor á la generación de una prole numerosísima trajo la poligamia, é hizo del harén un templo de la familia. El anhelo y la vehemencia por semejante logro llegaban hasta fomentar el incesto. Hija hubo que yació con su padre para obtener posteridad. Las mujeres públicas se asentaban en las piedras de los caminos y pedían el amor á los viandantes como pudieran pedir una limosna. El premio que podía idearse para un patriarca era la seguridad completa de larga descendencia. Por él importunaban constantemente con sacrificios y con oraciones á Dios. Sin él no tenía precio ninguno la vida encerrada en los hoyos de las sepulturas con el cadáver que la contuviera

un día. Pero entre todos los antiguos hebreos, ninguno tan apremiado por el deber de allegarse una posteridad como Abraham. Él había entrevisto la idea madre del semitismo, la idea del Dios eterno y uno. Él había llevado esta idea por naciones diversas. Él había erigido á esta idea una tienda templo y la había dado sacratísimos sacrificios. Él, por último, acababa de fundar una liturgia, un rito, un culto, una verdadera religión, y necesitaba, si había de guardar todo esto, una descendencia que pudiese, allá en lo porvenir, continuar la enseñanza de sus lecciones, mantener la eficacia de sus ejemplos.

Y Sara, estéril de suyo, no podía colmar los deseos de Abraham. La vejez iba poco á poco avenciándose á su vida, y con la vejez extinguíase toda esperanza de generación. Y él aspiraba nada menos que á toda la tierra de Palestina, desde su Aquilón hasta su Mediodía, desde su Oriente hasta su Occidente. Y para poblar estos espacios necesitaba que sus generaciones no pudiesen contarse, como no pueden contarse las estrellas del cielo ni las arenas del desierto. Aunque Abraham fiaba en Dios, que le había prosperado siempre y prometídole su escudo y su galardón, veía con tristeza llegar una vejez sin descendencia. En su lecho de muerte no podía confiar la continuación de su obra sino po-

niéndola en manos de un damasceno como Eliazar, extraño á su cuna y á su raza. Sara le parecía repulsiva por estéril, y su hogar triste por vacío. El Patriarca necesitaba tálamo fecundo y cuna llena. Pudo conformarse, mientras fué nómada, con la esterilidad terrible de su matrimonio; mas al fundar la tribu nación, al extender la tienda templo, al posesionarse de la Palestina ó nueva patria, necesitaba hijos, muchos hijos. Y como no tenía más heredero que su mayordomo Eliazar, pasaba las noches en perpetua vigilia y los días en perpetuo dolor. Inútilmente había dejado la tierra de Caldea, ídose por desiertos inmensos, bordeado las orillas de larguísimos ríos, salido con felicidad y riqueza de aquel Egipto donde tales asechanzas pusieran á su creencia y á su familia, si carecía de representantes y herederos que continuaran su obra y pregonaran su Dios. Así ofrecía sacrificios con becerras y cabras, con carneros de tres años, con tórtolas y pichones, á fin de ablandar á Dios y pedirle suplicante la necesaria descendencia. En la oscuridad terrible de sus noches, en el pavor de sus ensueños, veía visiones muy espantosas durante pesadillas muy grandes: antorchas incendiarias, hornos ardiendo, soplos de huracanes, llamas salidas del cuerpo de los animales destrozados sobre las aras del sacrificio. Y todas

estas visiones le daban un gran horror y le hacían pasar días horribles de pena y aflicción.

Sara no vivía tranquila viendo acrecentarse á la continua el dolor y el insomnio de Abraham. Amargábale, con amargura bien acerba, el pan de cada día esta tristeza de su esposo, proveniente de su esterilidad irremediable. Alguna vez la corazonada propia ó el rumor extraño la decían que estaba en su edad condenada indudablemente á no ser madre. Otras veces oía lo contrario, pero Sara se burlaba en sus adentros de tales anuncios y se dolía en continuo dolor y desasosiego del terrible castigo que Dios la infligió con su perpetua esterilidad. Guarda el capítulo décimooctavo del Génesis la narración de una escena que nos muestra, tanto el escepticismo de Sara, respecto á su futura maternidad, como las costumbres del tiempo. Hallábase Abraham á la puerta de su tienda, respirando el aire vivificador en día calurosísimo, y vió llegar á él tres peregrinos ó viajeros. El sentimiento de hospitalidad hállase por tal modo arraigado en estas familias nómadas, que se tiene por gran fortuna la presencia ó visita de un huésped. Al verlos, pues, el Patriarca salió corriendo á recibirlos é inclinóse hasta tierra para saludarlos. Y ya recibidos y saludados con arreglo á las ceremonias patriarcales, invocó el nombre y el auxilio

de Dios sobre sus cabezas. Y lavóles con agua fresca, recién sacada de las cisternas, los piés, y arreglóles un lecho para sestar bajo la sombra de los árboles. Y cuando tras una reparadora siesta se levantaron, partió con ellos el pan. Y lo celebraron mucho, porque con tres medidas de harina en flor lo amasara por su propia mano la esposa de Abraham y lo cociera con brasas debajo del rescoldo. Y los mozos aderezaron un becerro y los pastores trajeron manteca y leche. Después de haber comido preguntáronle por su mujer, y como apareciera en la puerta de su tienda para recibir las gracias que le daban por el blanco pan y los dulces quesos, entablaron largo coloquio con ella. Y en este coloquio le dijeron cómo sabían á ciencia cierta que Dios le deparaba un hijo. Rióse á carcajadas ella de semejante anuncio, pues los años no podían habilitarla ya para la maternidad.

En tales circunstancias decidió, por fin, Sara, que tuviera posteridad Abraham á cualquier precio. El expediente á que recurrió para poner por obra su resolución, apenas puede hoy comprenderse, y menos por el corazón de una esposa verdadera y amante. Pero como los seres y los organismos provienen del estado biológico en que nuestro planeta se halla, provienen los hechos históricos del estado en que se hallan las inteligencias y los afectos en



ciertas edades históricas. Ninguna mujer moderna se atrevería hoy en el mundo cristiano á ceder su lecho y traspasar su esposo. Pero en la poligamia y en la servidumbre antiguas, tal hecho no importaba lo que importa hoy. Sara meditó mucho cómo debía proceder, y procedió con arreglo á sentimientos propios de su sociedad y de su tiempo. Así pensó en que Agar, esclava egipcia de las regaladas por Faraón y traídas por Abraham, ocupara su lugar y yaciera con su marido. Nuestra familia, muy espiritualizada y moral, diga cuanto quiera el pesimismo; nuestro matrimonio monogámico; nuestro culto al principio de la legitimidad en los hijos; nuestras ideas mezcladas con nuestros sentimientos, y nuestros sentimientos generadores de las costumbres, repugnan tales hechos, y si no los vieran certificados por tantos testimonios veraces y admitidos por la crítica más escrupulosa, verdaderamente no podrían creerlos. Pero se necesita medir la importancia dada por los antiguos á la posteridad; el horror á morir sin descendencia; el desprecio á las siervas, tenidas por cosas ó animales en el sentimiento de sus propietarios y dueños; la imposibilidad absoluta de que pudieran dolerse y encelarse por la comunidad de mujeres aquellas familias fundadas en la poligamia, para comprender el paso de Sara, convirtiendo temporalmente á su sierva

egipcia en mujer de Abraham, con el fin de granjearle una familia y obtener así tranquilidad en el hogar, y respeto y cariño en su esposo, dolorido tristemente de una esterilidad, la cual contrariaba todos sus proyectos y contradecía todas sus vocaciones.

La mujer hebrea recibía grandes honores en el hogar, si fecunda; triste menoscabo, si estéril. Esclava de su esposo, como en toda esclavitud la persona libre resulta un objeto apropiable, al esposo pertenecía enteramente, al par de las tiendas, y los inmuebles, y los ganados. Entraba en la familia por compra, y sólo por compra, como los objetos materiales adquiridos á precio. Si perpetraba cualquier delito y caía en cualquier infamia, bastaba, en leyes y costumbres, al esposo, ponerla en la puerta del hogar, dándole una carta de divorcio escrita por él, juez y soberano de su mujer. El padre no dotaba, no, á sus hijas, las vendía, como el marido no adquiría en el matrimonio una familia, sino una propiedad. Se necesita, pues, penetrarse de todas estas costumbres y de todas estas leyes para estimar la naturaleza del caso que referimos y apreciarlo en toda su verdad. Sara no veía más en aquel momento que su obligación de serenar al marido alterado, granjeándole, por cualquier medio, una posteridad capaz de perpetuar el culto á un Dios,

por quien habían dejado los propios hogares é ídose á tierra extraña en demanda y requerimiento de un sitio seguro á sus tabernáculos y santuarios. Por consecuencia, ninguno de los inconvenientes, ó, mejor dicho, ninguna de las imposibilidades que una mujer cristiana encontraría en caso análogo al de Sara, podía surgir en los apartadísimos tiempos del patriarcado, bajo una tienda nómada, entre la poligamia, á la sombra del harén, cuando la mujer aparecía tan sólo como un objeto apropiable, la esclavitud como una base de la casa, la compra como el medio de fundar los matrimonios y los hijos como aumento indispensable á la riqueza del padre y como vínculo en el cual su vida se prolongaba largamente por siglos de siglos.

Sara promovió el amor pasajero, pero amor al cabo, de Abraham por Agar. Al proponerlo así, de tal modo consideraba instrumento suyo y propiedad suya la sierva, que creía obtener hijos propios, mediante aquella mujer, como, el asna mediante, obtenía en las cuabras sus asnos, ó como, la clueca mediante, obtenía en el corral sus pollos. Agar aparecía tan sólo á sus ojos un objeto, del cual podía extraer hijos ella, ni más ni menos que si extrajera espigas del trigo sembrado por sus jornaleros ó frutos del huerto perteneciente á su familia. En el capítulo décimosexto de la Biblia se halla bien

claro, cuando Sara le dice á su esposo estas, para nosotros increíbles, palabras: «Ya ves que Jehovah me ha hecho estéril. Ruego te llegues á mi sierva, pues quizá tenga yo hijos de ella.» Por tal modo las instituciones externas llegan á sobreponerse con imperio en el corazón humano y á cambiar las complexiones fundamentales y á transmutar la íntima interior naturaleza. Tenía en tan poco aquella orgullosa mujer la persona de su esclava, que la creía como el rosal de donde se arranca una rosa, estimando los hijos ajenos objeto propio y suyo, porque la madre estaba entre los enseres del hogar, cual si fuese las palmas con que había urdido el sombrero de su tienda. No puede comprenderse ni explicarse todo esto, á nuestras costumbres tan repugnante y con nuestras ideas tan contradictorio, sino suprimiendo el tiempo, merced á una operación intelectual, y colocándose allá en los siglos patriarcales.

Yo me figuro á Agar bronceada, de ojos negros y profundísimos, de talle muy esbelto como la palmera, de pasiones ardientes cual aquellos desiertos líbicos de su originario suelo, vestida con la túnica de su gente, que la envolvía entre sus artísticos pliegues, muy dada, en su triste servidumbre, al cántico, al baile, y aun á las adivinaciones y á los sortilegios usuales en sus viejos cultos y templos.

La naturaleza humana queda siempre bajo todas las instituciones, siquier tome las más extrañas y más varias formas congruentes con la intensidad y la riqueza de nuestra vida. Poco á poco Sara se fué apoderando naturalmente del corazón de Abraham y ejerciendo sobre su ánimo el influjo y el poderío naturales en la mujer propia. Dejarlos el uno para el otro, recluirlos en apartado cubículo, tenerlos juntos y confundidos en el tálamo, y luego querer que todo esto no preste á la mujer un imperio muy superior al que quisieran las instituciones y las costumbres, paréceme loco desvarío. Bien pronto el ardor, que la hermosura de Agar despertara en el pecho de Abraham, dió sus frutos, y aquella joven, hermosísima sierva, se sintió madre, y, por tanto, depositaria de todas las esperanzas que abrigaban los semitas y fiadora de todas las promesas dadas por Dios á su pueblo escogido. Semejante situación excepcional, á cuyo logro contribuyera Sara mucho más todavía que Agar, constituyó á ésta en cierta especie de natural jefatura, que la inducía temerariamente al desprecio de su señora y al triste olvido de todas cuantas obligaciones y de todos cuantos servicios la debía. Creyó que, por madre del unigénito de Abraham, podía reemplazar á Sara en el hogar, como habíala reemplazado en el tálamo, y se arrogó excesivo imperio.

Sara, viendo los atrevimientos de Agar, volvióse contra ella, y llegada delante del Patriarca, le puso de manifiesto la comparación entre los dos procederes, el suyo y el de la esclava. Era natural en Abraham una defensa calurosísima de Agar; tanto le importaba tener posteridad, así para perpetuar su sangre, como para perpetuar su religión y el sacerdocio acepto á Dios. No puede concebirse, pues, lo fácilmente que accedió á los rencores de Sara y lo poco que hizo para defender á la sierva. Padre amoroso é impaciente, que temía no dejar otro sucesor sino un pobre damasceno, y que importunaba todos los días á Dios con oraciones y sacrificios en demanda y requerimiento de un hijo, ¿cómo consintió en el mal trato y proscripción de la mujer á cuya fecundidad lo debiera? Sara, que no había sentido en su corazón de mujer celos ningunos, cuando Abraham se daba, en brazos de Agar, al amor, bajo el techo de la común tienda, resentíase y airábase con verdadera soberbia en cuanto recibía cualquier falta de obediencia ó de respeto á su autoridad y á su imperio. Pero todavía pudo Abraham, como jefe de la familia, como patriarca, y por ende soberano, juez y dueño de todos, llamar á sí el castigo á que Agar se hubiera hecho merecedora por sus temeridades; mas resulta cruel y bárbara la entrega en manos de aquella esposa he-

rida y soberbia del pobre sér objeto de su ira. Si tanto quería la descendencia, indispensable á su ministerio histórico, debió guardar con más atención y cuidado la sierva feliz que le aseguraba el completo logro de sus más queridas esperanzas. Entregarla en manos de Sara, lo repito, resulta, bajo todos conceptos, una crueldad inexcusable. Sara no hizo más que, después de maltratar á su sierva, expulsarla de su tienda y dejarla por todo refugio el inmenso desierto. Figuraos la pobre y tierna joven, nacida y criada en tierra tan pingüe como el Egipto, donde basta con tender la mano al árbol cargado de frutas para procurarse un fácil sustento, en aquellas abrasadas arenas, donde reina la soledad más espantosa, el desequilibrio mayor entre los ardores del día y los fríos de la noche, la muchedumbre de insectos, de reptiles, de brutos carniceros que tienden por doquier asechanzas á los seres más fuertes y terrores en las más valerosas almas. Todo sustento le falta en aquellos parajes: contra el sol sombra, contra la noche abrigo, defensa en la guerra que por doquier empeñan las especies, seguro y apoyo en la debilidad y delicadeza de su sexo, tanto más cuanto que su estado de preñez exigía excepcionales atenciones de los suyos y no el abandono aquel á la voracidad horrible de una tierra implacable. Por fin, aconsejada

sabiamente de un peregrino, Agar concluye por someterse á Sara, quien, después de tantas sumisiones, vuelve á recibirla y alojarla en su hogar.

No extrañéis estas contradicciones. La incertidumbre, que reinaba en la constitución de aquellas familias patriarcales, resalta por doquier, á cada paso. No hay en estos primitivos tiempos todavía el respeto necesario, ni al hogar ajeno, ni á las ajenas mujeres. Bien es cierto que vemos cambiarse con frecuencia la escena de los hechos é irse de un punto á otro Abraham y los suyos. Después de su regreso pasan sucesos importantísimos en dos diversos sitios, y tras estos sucesos dirígense á tierra de Gerar. No debía en estas tierras haber aún la cultura que Abraham dejó en Caldea ni la que halló en Egipto. Pobre aquel territorio, más pobres aquellas gentes, las señales de una civilización embrionaria y de una sociedad en germen casi aparecen por todas partes, indicando un período verdaderamente atrasadísimo. Y, sin embargo, háblase de reyes, como si allí hubiéranse constituido Estados bastante grandes y fuertes para merecer lo que nosotros llamamos, en lenguaje moderno, una monarquía. Engañaríase también aquel que tomara las monarquías bíblicas de las primeras edades por monarquías á la moderna. Existían grandes imperios ya por aquel entonces; pero estos imperios

sustentaban los territorios á su autoridad sometidos con tantas dificultades, cual nuestros sumos imperantes de los siglos medios á sus grandes vasallos feudales, también de suyo reyes. Una monarquía como la llamada de Gerar reducíase por fuerza y necesidad á extensión mayor que la concedida, por ejemplo, al régimen patriarcal, y á más regular autoridad en sus jefes. No de otra suerte debemos comprender al Abimelech de Gerar, con quien tropezamos en el relato bíblico. Estaría su palacio más fijo que la móvil tienda llevada por los nómadas, durante sus peregrinaciones, de uno á otro lado. En vez de una sola familia, como el Patriarca, tendría sometidas á su imperio una verdadera serie de familias llamadas gentes. Y á esta fijeza mayor en su vivienda, y á esta mayor extensión en su territorio, y á estos más numerosos vasallos, á todo este conjunto, le denominaban allí entonces monarquía, como al jefe le llamaban rey, cuando su reino, en realidad, no pasaba de un patriarcado superior al patriarcado nómada, término de la evolución muy próximo á este y poco lejano, en la serie de las instituciones históricas, del término á quien reemplazaba y sucedía. Pero si el reino de Abimelech no podía compararse con Egipto y Caldea, las costumbres sí podían compararse. La misma voluptuosidad que acabamos de

ver en los palacios egipcios descubrimos en esta tienda de Gerar, donde habita un rey patriarcal. También le da en ojo Sara, y también la codicia. Esta propensión á quedarse con la mujer ajena justifica mucho el precepto dado por Moisés, más tarde, á su pueblo, en el Sinaí: «No codiciarás la mujer de tu prójimo.» La única excusa de los dos monarcas está en su ignorancia de las relaciones existentes entre Abraham y Sara. Ésta siempre aparece como la hermana y no como la mujer del Patriarca. En la poligamia se respetan las mujeres ajenas y se castiga el adulterio. Abimelech no supo que Sara fuese mujer de Abraham, sino por los castigos del cielo, que despertaron sus remordimientos en aquellos tiempos, los cuales no habían separado aún, como nosotros hoy, el orden moral del orden físico. Pero el pudor patriarcal no debía ser cosa cuando el acaparador de la mujer ajena, ni en el marido notaba repugnancia, ni en la esposa resistencia. No dice la Biblia que por la tristeza de Abraham adivinaron Faraón y Abimelech el pecado cometido. Tampoco Sara contribuyó en lo más mínimo al esclarecimiento de sus conciencias turbadas por aquel súbito amor. Entró en el hogar ajeno como hubiera entrado en el propio. Vivió con los sensuales reyes como vivía con su esposo. Ni en sus palabras ni en sus obras conocieron los